

gente de las ciudades vecinas, trayendo los enfermos y los atormentados por los espíritus inmundos, los cuales eran curados.

Los Judíos ponen en la cárcel pública á los apóstoles y un ángel los saca de ella.

En vista de tantas virtudes, tanta santidad y tantos portentos, Jerusalem mudaba de semblante de un modo prodigioso, y habria llegado á ser toda cristiana, si los que la gobernaban, no hubieran sido, en mucha parte, unos hombres sin religion. Al ver el príncipe de los sacerdotes y los que estaban con él, que eran de la secta de los saduceos, este abandono de la ley de Moisés para seguir el Evangelio, se llenaron de un celo amargo; prendieron á los apóstoles, y les pusieron en la cárcel pública; mas el ángel del Señor, abriendo de noche las puertas y sacándoles de ella, id, les dijo, presentaos en el templo y predicad al pueblo todas las palabras de esta vida. Los apóstoles, cumpliendo con este encargo del ángel, fueron muy temprano al templo y enseñaban sin temor ni reserva á cuantos se presentaban á oírlos.

Vuelven á prenderlos y quieren matarlos.

Mientras que los apóstoles predicaban en el templo, el príncipe de los sacerdotes y los que le acompañaban, creyendo que estaban en la prision, convocaron el concilio y determinaron enviar por ellos para que fuesen juzgados; pero los ministros, abierta la cárcel, no los hallaron, y volvieron acelerados á dar aviso, diciendo: Hemos encontrado la cárcel muy bien cerrada, y visto los guardias que estaban delante de las puertas; mas habiéndolas abierto, á ninguno hallámos dentro. Cuando oyeron esto el magistrado del templo y los príncipes de

los sacerdotes, no sabian que decir; pero no tardaron en salir de esta incertidumbre, porque luego vino uno, diciendo: Mirad que aquellos hombres que metísteis en la cárcel, estan en el templo y enseñan al pueblo.

Entonces el magistrado fué al templo con sus ministros y los trajeron al concilio, pero sin violencia ni mal tratamiento, porque temian que el pueblo les apedrease, por el grande amor que les tenian. Luego que fueron presentados en el concilio, el príncipe de los sacerdotes les dijo: Mandando os mandámos, que no enseñáteis en este nombre (era el de Jesus, y no se dignaron nombrarle), y á pesar de este mandato tan expreso, vosotros habeis llenado á Jerusalem de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de este hombre; y consultaban cómo les darian la muerte.

Gamaliel procura contenerlos.

Mas levantándose en el concilio un fariseo, llamado Gamaliel, doctor de la ley y hombre de mucho respeto en todo el pueblo, mandó que saliesen fuera los apóstoles por un breve rato, y dijo al concilio: Varones de Israel, mirad bien por vosotros y atended á lo que vais á hacer con esos hombres. Antes de ahora apareció un cierto Teodas, diciendo: que él era alguien, esto es, un gran personaje, y hubo como unos cuatrocientos hombres que le siguieron; pero fué muerto y los que le habian dado crédito, fueron disipados y reducidos á nada. Despues de Teodas se levantó Judas el Galileo, y fueon dispersados todos los que le siguieron: en todo lo cual quiso decirles Gamaliel, que considerasen atentamente la diversidad del caso presente á los que acababa de referir; pues aquellas facciones desaparecieron con la muerte de sus caudillos; y la congregacion cristiana por el contrario se aumentaba con la muerte de su

Autor, á pesar de haberle quitado la vida con tanta ignominia, y que sus discípulos en vez de dispersarse y desaparecer, como los de Teodas y Judas con la muerte de estos, se aumentaban mas y mas con la muerte de Jesucristo.

Consejo prudente de Gamaliel.

Esto supuesto, continuó Gamaliel, escuchad mi consejo. Dejad de inquietar á estas gentes. Si su obra es cosa de los hombres, ella se disipará por sí misma, y si al contrario, es obra de Dios, en vano trabajaréis en detener sus progresos, y no ganaréis otra cosa, oponiéndoos, que haceros enemigos del Señor; y ¡qué cosa mas terrible que tener al Señor por enemigo! El consejo de Gamaliel era muy prudente y convenia seguirle. Con todo eso no tuvieron la condescendencia de conformarse en todo con él. Solamente cedieron sobre la sentencia de muerte que estaban para pronunciar contra doce hombres inocentes.

Despues del consejo de Gamaliel mandaron entrar á los apóstoles, hicieron que les azotasen vergonzosamente delante del concilio, les prohibieron con la mayor severidad que volviesen á hablar en el nombre de Jesus, y les dejaron ir. Creyó el concilio que sacaria grandes ventajas de su castigo, que amedrentados los apóstoles no se atreverian á seguir predicando el Evangelio; y que aun cuando se arrojasen á predicarle, no encontrarían oyentes que quisiesen escuchar á unos maestros azotados públicamente; pero se engañaron. Los apóstoles, léjos de juzgarse deshonorados, se tuvieron por muy dichosos en haber sido dignos de padecer por el nombre de Jesus, y salieron muy contentos del concilio. Se volvieron á juntar llenos de consuelo y de gloria con los discípulos, y no cesaban de enseñar todos los dias en el templo y en las casas la doctrina del Señor,

y de evangelizar en nombre de su santísimo Hijo Jesucristo. La imaginada infamia con que habian procurado cubrirles, no les quitó ni uno solo de sus antiguos discípulos; al contrario, su celo hizo con ella tantos nuevos, que creciendo la multitud, estuvo para causarse alguna confusion en la Iglesia de Jerusalem.

Eleccion de siete diáconos para recibir y repartir las limosnas.

Hasta aquí (como medio año despues de la subida de Jesucristo á los cielos) habian corrido los apóstoles con el encargo de recibir y repartir entre los fieles las limosnas de que se les hacia depositarios; pero creciendo prodigiosamente el número de los que creian, ya no les fué dado distribuir á tiempo y en justa medida las numerosas limosnas, que recibian, á la multitud que las necesitaba, particularmente á las viudas; y era necesario tratar de elegir personas religiosas y virtuosas que, aliviando á los apóstoles de tan grave peso, las repartiesen en virtud y justicia. Se añadía á esto, que las viudas de los Griegos no podian ser tan atendidas como las de los Hebreos, ya por su multitud, y ya por la distancia de muchas de la capital; y de aquí se habia originado un principio de murmuracion, que era preciso cortar. Para todo esto reunieron los apóstoles la multitud de los fieles, y les dijeron: No está en razon que nosotros desatendamos la predicacion de la palabra de Dios por atender á las mesas. Escoged, pues, de entre vosotros siete varones de buen testimonio, llenos del Espiritu Santo y de sabiduría para que les confiemos este ministerio. Nosotros, á imitacion de nuestro divino Maestro, nos entregaremos á la oracion y á la predicacion de la divina palabra, y en esto nos ocuparemos incesantemente. Agradó á toda la multitud la proposicion de los apóstoles, y sin perder momento, proce-

dieron á la eleccion, que como se hacia entre almas de tanta virtud, luego se encontraron las que se deseaban. Cayó la eleccion en Estéban, varon lleno de fe y del Espíritu Santo, en Felipe, Procoro, Nicanor, Timon, Parmenas y Nicolas, prosélito de Antioquia, y orando los apóstoles, pusieron las manos sobre ellos, y con esto recibieron el ministerio ú orden que se llamó *Diaconado*. Crecia la palabra del Señor, y se multiplicaba en gran manera el número de los discípulos de Jesucristo, particularmente en Jerusalem. Tambien se convertia y obedecia á la fe una multitud de sacerdotes descendientes de la familia de Aaron, y esto era en gran manera apreciable.

El diácono Estéban hace muchas conversiones y es arrastrado al concilio.

Hemos dicho que Estéban era un varon lleno de fe y del Espíritu Santo; y que fué uno de los siete escogidos para suplir á los apóstoles, en cuanto á las limosnas, y ordenado por ellos de diácono con los demás compañeros. Estéban, pues, lleno de gracia y fortaleza, hacia grandes prodigios y milagros en el pueblo, y conseguia muchas conversiones. Entonces algunos de la sinagoga, que se llamaba de los Libertinos, Cireneses, Alejandrinos y de aquellos que eran de Cilicia y Asia, se levantaron á disputar con Estéban; pero no podian resistir al Espíritu que hablaba en él, cumpliéndose así lo que Jesucristo habia prometido á todos sus discípulos, diciendo: Yo os daré palabras y sabiduría á que no podrán resistir todos vuestros adversarios. Las disputas de Estéban tenian por objeto principal probar la divinidad de Jesucristo, y como esto era para ellos una blasfemia, acusaron á Estéban de blasfemo. El santo diácono les habia convencido de que Jesucristo era Dios, pero no les habia convertido. Trataron de vengarse, y

para esto enviaron por todas partes gentes sobornadas, que dijese: Nosotros le hemos oido decir blasfemias contra Moisés y contra Dios. La acusacion no podia ser mas fuerte, si hubiera sido verdadera; sin embargo ellos consiguieron con su impostura el deseo que tenian de acabar con Estéban. Conmovieron no solo á la plebe, sino tambien á los ancianos y escribas, que acudiendo al lugar en que se encontraba Estéban disputando, le arrebataron y arrastraron al concilio que se habia reunido. Presentaron en él testigos falsos, que dijese: Este hombre no cesa de hablar contra el lugar santo y la ley. Nosotros le hemos oido decir: que este Jesus Nazareno (á quien crucificásteis) destruirá este santo lugar y mudará las tradiciones que nos dió Moisés.

Estaba llena de jueces, de acusadores y de pueblo la audiencia, en que declaraban los testigos, y al oír acusaciones tan graves, todos pusieron los ojos en Estéban para ver con qué semblante recibia unas declaraciones que le llevaban á la pública indignacion y á la muerte; pero Estéban se conservaba tranquilo. La alegría interior en que rebosaba su alma, al verse tratado como Jesucristo por Jesucristo, saltaba á su rostro; el resplandor y la gracia brillaban en sus ojos, y toda su presencia manifestaba una tranquilidad y dulzura admirable. Era inocente, y aunque miraba cercana la muerte, no la temia. Jesucristo, por quien iba á pelear y morir, realzó aquí por un milagro su natural hermosura. Todos los presentes quedaron deslumbrados al mirarle, y les parecia ver un ángel del cielo revestido de un cuerpo humano. Entonces el príncipe de los sacerdotes, deseando librar á un hombre tan hermoso, le preguntó si tenia alguna cosa que alegar en su defensa, y el santo diácono pronunció un discurso lleno de majestad y grandeza, adornado de los mas bellos rasgos de la Historia santa, y animado con aquellas exclamaciones que sorprenden los espíritus y encienden los corazones.

Discurso de Estéban,

Hermanos y padres míos, dijo, esforzando su voz en medio del concilio. El Dios de la gloria apareció á nuestro padre Abraham cuando estaba en la Mesopotamia, antes que morase en Charan, y le dijo : Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven á la tierra que te mostraré. Y salió (Abraham) de la tierra de los Caldeos, y moró en Charan, y despues que murió su padre, le trasladó (el Señor) á esta tierra en que vosotros morais ahora. Mas no le dió por entonces heredad en ella, ni aun el espacio de un pié; pero le prometió que la daría en posesion á él y á su posteridad, despues de él... Aquí sigue el santo diácono haciendo la historia de su nacion con una exactitud, una precision y una elocuencia que admira. Pinta su carácter, refiere sus rebeldías; y aplicando esta pintura á los que tiene presentes, vosotros, les dice con unas expresiones llenas de fuego, vosotros, hombres de dura cerviz y de oídos, y corazones incircuncisos, resistís siempre al Espíritu Santo. Así como lo hicieron vuestros padres, así tambien lo haceis vosotros. Porque ¿ á cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron á los que anunciaban la venida del Justo (por esencia), y vosotros ahora habeis sido traidores y homicidas entregando este Justo á Pilatos para la muerte. Vosotros que recibisteis la ley por ministerio de ángeles y no la guardásteis... Al oír estas cosas sus enemigos, reventaban de rabia y rechinaban los dientes contra Estéban; pero el santo diácono, lleno del Espíritu de Dios, solo suspiraba por la patria celestial adonde habia subido su querido Maestro por los tormentos de la cruz; y no encontraba mas bello y pronto camino que el del martirio para juntarse con Él en el cielo. Miraba con ansia la patria, cuya posesion deseaba, y viendo la gloria de Dios y á Jesus, su santísimo Hijo, de pié á su

derecha, exclamó : ¡ Hé ahí que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre de pié á la diestra de Dios !

Muere apedreado.

Cuando oyeron esto los enemigos del santo, se taparon los oídos, se arrojaron sobre él, dando gritos espantosos, y arrastrándole fuera de la ciudad, principiaron á apedrearle furiosamente. Los testigos debian ser los primeros que apedreasen; para hacerlo con mas desembarazo, se quitaron las capas y las pusieron á los piés de un jóven que se llamaba Saulo, y que era consentidor en la muerte de Estéban. Tenia este ardiente discípulo de Jesucristo profundamente grabadas en su corazon las palabras que habia oído á su divino Maestro pendiente de la cruz, y quiso morir pronunciándolas y haciendo á este divino Hijo la misma peticion que este divino Hijo habia hecho á su eterno Padre, diciendo : Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Golpeado el fervoroso diácono por una nube de piedras, plagado de heridas, bañado en su propia sangre, falto de fuerzas y sintiendo que se acercaba su muerte, invocaba al Señor y decia : Mi Señor Jesus, recibid mi espíritu. Estando ya para espirar, recogió sus últimas fuerzas, reanimó su espíritu, se puso de rodillas, volvió á levantar sus ojos al cielo, y exclamó : ¡ Señor! no les imputeis este pecado; y cuando hubo dicho esto, durmió en el Señor y concluyó su heroica vida pidiendo por sus enemigos.

Gamaliel le entierra en su sepultura.

Á pesar de cuanto habia que temer del furor de la sinagoga, no faltaron en Jerusalem Josés y Nicodemos, hombres temerosos de Dios, que recogieron el cuerpo del santo Protomártir ó primer mártir, le lavaron, le embal-

samaritanos, según la costumbre del país, y le dieron muy honrosa sepultura. Hicieron gran llanto sobre él y dieron á su memoria los testimonios mas tiernos de su veneración y á su amor. El piadoso Gamaliel hizo conducir secretamente el cadáver del santo diácono, en la noche siguiente de su martirio, á un monumento nuevo que habia hecho abrir en una heredad que tenia á siete leguas de Jerusalem. En él enterró el cadáver del santo mártir, y á su tiempo fueron enterrados allí el mismo Gamaliel, su hijo Abibon y el piadoso varon Nicodemo, que con José de Arimatea habia bajado al Señor de la cruz.

Persecucion de la Iglesia desde la muerte de san Estéban.

Con la muerte de san Estéban dieron principio las persecuciones de la Iglesia, pues aunque habia sido ya presos y azotados los apóstoles, aquella persecucion se limitó al Colegio apostólico, y á poco mas de un dia; pero ahora la persecucion se hizo general y duró algunos meses, particularmente en la floreciente Iglesia de Jerusalem. Saulo, que habia asistido al martirio de san Estéban y cuidado de la ropa de los que le apedreaban, para apedrearle, dice san Agustin, por las manos de todos, fué uno de los principales perseguidores. Él mismo confiesa, despues de su conversion, que era el que encerraba en la cárceles á los cristianos y hacia azotar en las sinagogas á los que creian en el Señor; y encerré, dice, en cárceles á muchos santos, habiendo recibido poder para ello de los príncipes de los sacerdotes; y cuando los hacian morir, yo lo aprobaba y me alegraba, y muchas veces castigándolos por todas las sinagogas, les estrechaba para que blasfemasen (renegando de Jesucristo), y enfureciéndome mas y mas contra ellos, les perseguia hasta en las ciudades extranjeras.

Tal es la pintura que él mismo nos hace del furor con

que perseguia á los fieles, particularmente en Jerusalem. Podrá ser que no hubiese en la capital quien le excediese, pero no faltarian otros falsos celosos que le igualasen; pues san Lúcas nos dice: que la persecucion en Jerusalem era grande. Con este motivo los ministros del Señor, exceptuando los apóstoles, se derramaron por las ciudades de Judea y Samaria, y las corrian predicando la palabra de Dios por todas partes. Así es que la persecucion trajo tanto bien á la Iglesia que pudiera haberse deseado, á pesar de la mucha sangre que derramaba, y de los muchos y preciosos hijos de que la privaba, que se hiciese mas general y duradera. Los apóstoles, á manera de los robustos de Israel y defensores del trono de Salomon, se quedaron en Jerusalem haciendo frente á la persecucion, y cuidando de aquella multitud de cordeiros que estaban tan expuestos á ser presa de los lobos.

Conversion de los Siquimitas y noticia de Simon mago.

Felipe, otro de los siete diáconos, y compañero muy amado del mártir san Estéban, fué á parar á una ciudad de Samaria, que se cree era Siquem ó Sicar, patria de la Samaritana que convirtió Jesucristo, y capital de aquella provincia. En ella predicó Felipe á Jesucristo resucitado, no tanto con sus discursos, como con sus milagros; porque eran muchos los que obraba en el santísimo nombre del Señor. Habia en esta ciudad un hombre llamado Símon, que antes habia sido mago ó hechicero y engañado á las gentes, diciendo como Teodas: que él era una cierta grandeza, y todos le escuchaban desde el menor al mayor, y decian: Este es la virtud de Dios, llamada la grande, y le atendian; porque con sus magias les habia entontecido por mucho tiempo, dice el texto sagrado; mas ahora habiendo los Siquimitas creído lo que Felipe les predicaba del reino de Dios, abandonaron á Simon y se bautizaban todos, hombres, mujeres y niños

en nombre de Jesucristo; y tambien el mismo Simon creyó, y despues de haber sido bautizado, se adhirió á Felipe y estaba atónito de admiracion al ver los grandes prodigios que obraba.

Avisa Felipe esta conversion á los apóstoles.

Como Felipe no era mas que diácono, solo podia conferirles el Sacramento del Bautismo, y para que recibiesen los demás Sacramentos, y principalmente el de la Confirmacion, por el que en aquellos primeros tiempos venia el Espiritu Santo sobre los confirmados, no solo invisiblemente como siempre, sino tambien visiblemente, dió aviso á los apóstoles, que aun permanecian en Jerusalem, que la Samaria habia recibido la palabra de Dios. Oida una noticia de tanto consuelo, todos convinieron en que fuesen cuanto antes algunos apóstoles á dar el pasto necesario á las ovejas de aquella provincia. Tambien convinieron en que debian manifestar alguna consideracion particular á estos fieles Samaritanos, que mas apartados, al parecer, del reino de Dios que los otros habitantes de la Palestina, manifestaban tanto deseo de ser recibidos en él.

Pedro y Juan van de Jerusalem á confirmar en Samaria.

Por esto se rogó á Pedro y Juan, los dos primeros testigos de la Resurreccion de Jesucristo, en la que principalmente iban á confirmar á los Samaritanos, que se encargasen de esta gloriosa mision. Los dos apóstoles la tomaron con alegria y luego emprendieron su viaje, que era camino de un dia, y fueron recibidos por los Samaritanos con aquel gozo que correspondia á la grande idea que Felipe les habia hecho formar de los padres y fundadores de la Iglesia. Reunidos los nuevos hijos en

rededor de los apóstoles, hicieron estos oracion para que recibiesen el Espiritu Santo, porque aun no habia bajado sobre alguno de ellos. Les ponian las manos, esto es, les confirmaban, y todos, hombres, mujeres y niños recibian visiblemente el Espiritu Santo.

Ofrece Simon dinero á los apóstoles porque le concedan el don celestial.

Viendo Simon que por la imposicion de las manos de los apóstoles bajaba el Espiritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: Dadme á mí tambien esa potestad, de que á cualquiera que yo imponga las manos, reciba el Espiritu Santo. Poner en comercio las cosas santas, como queria aquí Simon, dando ó recibiendo un bien temporal por un bien espiritual, es un sacrilegio, que del nombre de Simon se llamó despues *Simonía*. Las cosas espirituales y celestiales son de un orden superior al de las cosas corporales y terrenas, y no pueden apreciarse por dinero ni por cosa que valga.

Terrible repension de san Pedro á Simon.

Tu dinero, dijo san Pedro á Simon, tu dinero sea contigo en perdicion, porque juzgaste que el don de Dios podía poseerse por dinero. No tienes tú parte ni suerte en este ministerio, porque tu corazon no es recto delante de Dios. Haz, pues, penitencia de esta tu iniquidad, y ruega á Dios si por ventura te sea perdonado este pensamiento de tu corazon; porque veo que tú estás en hiel de amargura y en lazo de iniquidad. No dudaba san Pedro que Simon pudiese conseguir el perdon de su pecado, haciendo verdadera penitencia, pero dudaba que la hiciese, porque veía que su corazon estaba en una hiel de amargura muy dificil de dulcificar, y en un lazo

de iniquidad muy difícil de romper. Simon, sin embargo, respondió á san Pedro diciendo : Rogad vosotros por mí al Señor para que no venga sobre mí ninguna de las cosas que habeis dicho.

Deplorable fin de Simon.

No nos dice el historiador sagrado si el arrepentimiento de Simon fué verdadero; pero san Juan Crisóstomo, san Cirilo, san Jerónimo y san Agustin escriben : que hallándose Simon en Roma en tiempo de Neron, prometió á este emperador subir volando al cielo, y que en efecto los demonios le levantaron en el aire hasta cierta altura, pero que los apóstoles san Pedro y san Pablo, que se hallaban á la sazón en aquella capital del mundo, puestos de rodillas, invocaron el nombre de Jesus, y desamparado entonces Simon de los demonios, cayó y pereció miserablemente.

Se vuelven los apóstoles á Jerusalem, y Felipe, avisado de un ángel, va al encuentro del Etíope de la reina Candace.

Los dos apóstoles san Pedro y san Juan, despues de haber administrado á los Somaritanos la Confirmacion, de haberles dado testimonio de la Resurreccion de Jesucristo, de haber cumplido el ministerio á que habian sido enviados por el Colegio apostólico, y en fin, despues de haber predicado en aquella ciudad la palabra de Dios, que Felipe habia anunciado, se volvieron á Jerusalem, predicándola tambien en muchos lugares de los Samaritanos que se hallaban al paso.

Por lo que toca al diácono Felipe, luego que se retiraron los apóstoles, se le apareció un ángel del Señor, y le dijo : Levántate y vé hacia el mediodia por el camino

que baja de Jerusalem á Gaza la desierta ; y levantándose Felipe, emprendió su viaje, y hé aquí que luego se encontró con un varon etíope, eunuco ó ministro de la reina Candace, y superintendente de todos sus tesoros, el cual habia venido á adorar (al Señor) en Jerusalem. Este Etíope era prosélito, ó gentil, convertido al judaismo, y natural de la isla de Moroe, pais de la Etiopia, donde reinaban las mujeres con el nombre de Candaces; como los reyes de Egipto, con el de Faraones; los de Sira, con el de Antíocos, y los emperadores romanos, con el de Césares.

Se volvía el Etíope á su tierra, sentado en su carro, y caminaba leyendo en el profeta Isaías. Entonces el Espíritu del Señor dijo á Felipe : Acércate y júntate á ese carro ; y acercándose Felipe, le oyó que leía en el profeta Isaías, y le dijo : ¿ Entiendes lo que lees ? ¿ Y cómo puedo yo entenderlo, le respondió el Etíope, si no hay alguno que me lo explique ?

Espíritus ilustrados de estos últimos tiempos, que pretendéis entender por vosotros mismos lo que se comprende en las santas Escrituras, ¿ dónde está aquí ese espíritu que, segun vosotros, da á todos la inteligencia de los Libros santos ? ¿ dónde está aquí el espíritu privado del Etíope ? Yo no soy, decia san Jerónimo, ni mas santo, ni mas estudioso que este eunuco, y no obstante que lee las palabras del Señor y las medita, confiesa ingenuamente que no entiende lo que lee y que necesita de alguno que se lo explique, y el Señor le envía á Felipe para que le descubra á Jesus, que se oculta bajo del velo de aquello que lee, para que entendáis por este ejemplo, añade el santo, que no podeis entrar en la inteligencia de los Libros sagrados sin guía y sin que alguno os muestre el camino, esta es la causa porque no es lícito á un cristiano leer la Biblia ó sagrada Escritura sin notas de los santos Padres ó Doctores católicos, que deben ser los Felipes que enseñen á los Etíopes cristianos su verdadero sentido.

Bautiza Felipe al Etiope y luego se encuentra en Azoto.

Rogó este eunuco á Felipe que subiese á su carro y se sentase con él, y así lo hizo. El lugar de la sagrada Escritura que leía, era este : Como oveja fué llevado al matadero ; y como un cordero delante del que le esquila, estuvo mudo y no abrió su boca. Su justicia fué ensalzada en su humildad, ¿quién contará su generacion? porque su vida quitada será de la tierra... ¿De quién, dijo aquí el eunuco á Felipe, de quién, dime, dijo esto el profeta? ¿de sí mismo ó de algun otro? Y contestando Felipe, y dando principio por esta Escritura, le evangelizó á Jesus. Continuando su camino llegaron á un sitio donde habia agua, y dijo el eunuco : Hé aquí agua, ¿qué prohíbe que yo sea bautizado? Si crees de todo corazon, dijo Felipe, bien puedes ser bautizado; y respondiendo el eunuco, dijo : Creo que Jesucristo es Hijo de Dios. Entonces mandó parar el carro y ambos bajaron al agua, y Felipe le bautizo. Cuando subieron del agua, el Espiritu Santo arrebató á Felipe y no le vió mas el eunuco. Este volvió á subir en su carro y seguia su camino inundado de gozo. Escribe Eusebio en su *Historia eclesiástica* : que este célebre Etiope fué el apóstol de su nacion; y los Abisinios se glorian de haber recibido de este apóstol la fe. Por lo que toca á Felipe, luego se encontró en Azoto, ciudad de los Filisteos, y desde allí fué predicando el Evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó á Cesárea, que era su patria.

Toma Saulo cartas para perseguir á los cristianos en Damasco.

No dejaba de gozar la Iglesia de alguna tranquilidad en las provincias distantes de Jerusalem, y los predicadores del Evangelio que habian derramado por ellas con

motivo de la persecucion, ejercian en ellas su ministerio con bastante sosiego. Mas no sucedia así en Jerusalem, donde continuaban la sangre y los martirios. Saulo, que con tanta furia persiguió á los discípulos del Señor desde que fué el depositario de la ropa de los testigos que apedreaban á san Estéban, y cuyos furros dejamos ya pintados con sus mismas palabras, en nada habia cedido. Saulo, nos dice san Lucas, respirando aun amenazas y castigos contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes pidiendo cartas para las sinagogas de Damasco á fin de llevar presos á Jerusalem á cuantos cristianos hallase, hombres y mujeres.

Carácter de Saulo.

Era Saulo de un natural vivo, ardiente, impetuoso, enemigo de contemplar é incapaz de cobardía. Era un jóven activo, arrojado, de una intrepidez que no conocia peligros, y de una fortaleza superior á todas las fatigas. Tenia un espíritu grande, mucha elevacion en sus pensamientos, un corazon naturalmente bueno y mucha constancia en su conducta. Era muy respetado entre los emuladores de la ley de Moisés, por su celo, su estudio y su capacidad. Estaba bien persuadido de la próxima venida del Mesías y se hallaba en la mejor disposicion para preparar á sus paisanos á esta venida; pero extraviado por malos maestros que no pintaban al Mesías sino como un rey poderoso, rico y de una autoridad universal sobre todas las naciones del mundo... Saulo, que nada de esto habia descubierto en Jesucristo, venia á ser el mas terrible enemigo de sus discípulos.

Su conversion.

Caminaba á Damasco lleno de coraje contra los que

él miraba como unos desertores de la ley de Moisés, y todo le parecía poco para castigarlos; pero el Señor tiene prevenidos sus tiempos y decretadas sus mudanzas. Cuando mas ansioso de ejecutar su comision se acercaba á Damasco, se halló de repente rodeado de una luz del cielo, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decia: Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues? ¿Quién sois, Señor? dijo Saulo. Yo soy Jesus, á quien tú persigues. Dura cosa es para ti cocear contra el aguijon. Despavorido Saulo y temblando, ¿qué quereis, Señor, preguntó, qué quereis que yo haga? Entra en la ciudad, le dijo el Señor, y allí se te dirá lo que te conviene que hagas. Los varones que le acompañaban, estaban atónitos, oyendo claramente la voz, y no viendo á nadie. Oían hablar á Saulo, pero no veían con quién hablaba, ni entendían lo que se le decia.

Ciega, y Ananías le cura y bautiza.

Saulo se levantó, y abiertos los ojos, nada veía. Entonces los compañeros, llevándole de la mano, le entraron en Damasco. Tres dias estuvo allí sin ver, y sin comer ni beber. Habia en Damasco un discípulo de Jesus, llamado Ananías, y le dijo el Señor: Ananías; y este respondió: Héme aquí, Señor; y el Señor le dijo: Anda al barrio que se llama *Recto*, y busca en casa de Judas á uno de Tarso, llamado Saulo. Hé aquí que ora. Tres dias habia que estaba Saulo sin ver, y sin comer ni beber, ocupado todo en orar, en reconocer sus extravíos, admirar la bondad infinita del Señor para con él, implorar sus misericordias y prepararse para cumplir las órdenes que el Señor le habia anunciado que se le darian en aquella ciudad. Al fin de los tres dias, vió Saulo en vision á un hombre, llamado Ananías, que entraba y le ponía las manos para que recobrase la vista. Cuando el Señor mandó á Ananías que buscase á Saulo, Ananías se asustó,

y respondió: Señor, he oido decir á muchos de este hombre los grandes males que ha hecho en Jerusalem á vuestros santos, y tiene poder de los principes de los sacerdotes para prender á cuantos invocan vuestro nombre. Anda, le dijo el Señor, porque este me es un vaso (un apóstol) escogido para llevar mi nombre delante de las gentes y de los reyes y de los hijos de Israel, y yo le mostraré cuantas cosas conviene que padezca por mi nombre. Entonces fué Ananías y entró en la casa donde estaba Saulo, y poniendo las manos sobre él, dijo: Saulo, hermano, el Señor Jesus, que te apareció en el camino por donde venias, me ha enviado para que recobres la vista, y seas lleno del Espíritu Santo; y al instante cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista, y levantándose, fué bautizado, y con el Bautismo recibió la gracia de un apóstol consumado. Algunos creen que en el Bautismo se le mudó el nombre de Saulo en el de Pablo, y con este le nombrarémós desde ahora. Despues que el fatigado Pablo tomó alimento y recobró las fuerzas, estuvo algunos dias con los discípulos del Señor que habia en Damasco.

Predica á Jesucristo y los Judíos quieren matarle.

Ananías, cumplido lo que le habia ordenado el Señor, se retiró; y Pablo quedó ocupado en los mas tiernos afectos de reconocimiento á los grandes favores y beneficios que le dispensaba el Señor. Hecho ya, no solo un cristiano, sino un apóstol de las gentes, se le vió luego tan celoso de los progresos del Evangelio, como ardiente y arrebatado habia sido en procurar su ruina; tan amante de los discípulos del Señor, como enemigo y perseguidor habia sido de ellos; y tan inflamado en el deseo de anunciar el adorable Nombre de Jesus á todo el mundo, como empeñado estaba pocos dias antes en borrarle de sobre la tierra. Permaneció Pablo por